

## CAPITULO XLV.

## Disidencias.



El padre Boil era un hombre á quien la historia atribuye un espíritu vengativo. (G)

Tal vez haya pasion en este juicio.

Pero la verdad es que, ávido, como todos los que formaban parte de la expedicion, de hallar en aquellos países, si no tesoros, que por su condicion eclesiástica no los necesitaba para nada, al ménos sumision y obediencia de aquella poblacion que iba á recibir la luz del Evangelio, sufrió un desengaño.

Antes de embarcarse habia concebido la idea de que apenas llegase al Nuevo Mundo encontraria masas inmensas anhelosas de saber las verdades de la religion y considerarle como un enviado del cielo.

La sed de dominio le habia hecho figurarse que, no solo los habitantes de aquel país desconocido, sino hasta los mismos capitanes, soldados y marineros de la escuadra, le considerarian como un prelado, y le tributarian las mayores atenciones y respetos.

Su imaginacion le habia hecho creer que hasta el mismo Colon le respetaria, y á cada instante se decia:

—Si él es el jefe civil de la expedicion, yo soy el jefe religioso.

Nadie puede negar á Colon el sentimiento de la fe.

Habia sufrido mucho, como mis lectores saben, y en todas las ocasiones habia visto á la Providencia acudir en su auxilio.

No era la sed de riquezas ni de honores lo que principalmente le llevaba á acometer aquellas arriesgadas empresas.

En medio de su grandeza no olvidaba que Martin Carrasco, su antiguo amigo, convertido en religioso, habia ido á velar las sagradas reliquias del nacimiento del cristianismo en Jerusalem, y su mayor deseo era arrebatar de las manos de los musulmanes el sepulcro de Cristo, los Santos Lugares.

Pero conocia perfectamente que para subyugar á aquella multitud de hombres que le acompañaban léjos de su metrópoli no tenia más recurso que la energía de su carácter y la bondad de su trato; por otra parte, no era uno de esos hombres que reciben impulso.

Pertenecia al número de los que lo dan, y natural era que, aunque tratase con consideracion al padre Boil y á los demas eclesiásticos que le acompañaban, no les consultase sus resoluciones ni tomase en cuenta sus consejos en lo relativo al gobierno de la escuadra y á la política que con los natureles de los países que iba á conquistar empleaba.

Desde el principio habia disgustado mucho al padre Boil la preponderancia que á todas luces tenia sobre él Colon, y en todas sus conversaciones, cuando los capitanes de los buques elogiaban el arrojo de Colon, cuando aplaudian sus conocimientos náuticos, procuraba con mónica rebajar su mérito y presentarle únicamente como un hombre afortunado.

Sufria con paciencia, sin embargo, porque sabia que no contaba con fuerza para oponer su prestigio al de Colon, y allá en el fondo de su pensamiento se prometia gran prestigio sobre los indios para tenerlos á su favor, para que le obedeciesen en todo ciegamente, y tener ocasion de esta manera de

probar á Colon que más que la fuerza de que disponia podia el sentimiento religioso arraigado por él en el alma de los indígenas.

Pero la primera noticia que tuvo de aquella raza desconocida, echó por tierra en cierto modo sus propósitos.

El espectáculo que se ofreció á sus ojos en la Guadalupe, aquellas chozas que acompañado de los soldados y los marineros visitaba, con sus fúnebres adornos, produjeron en él una impresion tristísima.

¿Qué podia esperarse de aquellos hombres que adornaban las paredes de sus casas con las piernas y los brazos de sus víctimas, que devoraban á sus compañeros, que no tenian más ocupacion que la de invadir las islas vecinas, talar los campos, robar las viandas, cautivar á las mujeres de sus enemigos y hacer de éstos su sabroso manjar?

Todas estas contrariedades le tenian de un humor negro; pero se callaba cuando el mismo Colon ó algun otro de los que le habian acompañado en el primer viaje aseguraban que los indios de Haiti eran el reverso de la medalla.

Colon habia pintado la bondad, la mansedumbre, la generosidad de Guacanjari y de sus súbditos de una manera que hacia creer á todos, que llegar ellos y convertirlos en sus siervos seria todo uno.

Pero las descripciones de Colon contrastaban con el silencio que reinaba en el fuerte de Navidad, cuando al estar á su vista dispararon las carabelas los cañonazos de aviso; contrastaban con las noticias que algunos indios les habian dado acerca del desastroso fin que por su culpa habian tenido los españoles; contrastaban, por último, con el espectáculo que se apareció á su vista al hallar la fortaleza convertida en un monton de escombros, al saber que no existia ninguno de los españoles que habian quedado allí.

El padre Boil acompañó á Colon en su visita á Guacanjari, y la impresion que recibió de ella fué que los indios de la isla no eran feroces como los caribes, pero sí astutos y engañadores.

Al volver reunió á los frailes que le acompañaban y les habló de esta manera:

—No lo dudeis, la herida de ese rey es pura patraña. En mi concepto no ha habido tal combate.

Guacanjari es muy taimado; habrá comprendido que nuestro único deseo es apoderarnos de sus dominios, arrebatarnos el oro que guardan en sus entrañas las minas que poseen, y comprendiendo que su fuerza no es bastante para contraestimar la nuestra, la sustituyen con la falsedad.

El, solo él y los suyos han asesinado cobardemente á los españoles; solo él y los suyos han destruido la fortaleza; y si han incendiado los campos, y si algun herido nos han presentado, y si el mismo rey finge haber quedado fuera de combate, es porque despues de haber realizado sus designios han temido nuestro enojo, y quieren por medio del fingimiento captarse otra vez nuestra voluntad para repetir la sangrienta escena con que, más que nuestra amistad, han excitado nuestro enojo.

Un deber de conciencia nos obliga á protestar enérgicamente, á demostrar á Colon, que sin duda cegado por la gloria de sus conquistas cree que son amigos los indios de esta isla, el error que padece; á hacerle ver que nosotros más desimpresionados, más serenos, con el convencimiento que da la observacion continua y el estudio profundo del corazon humano, hemos averiguado que son unos traidores, que estamos convencidos plenamente de que no es la mansedumbre ni la caballerosidad la política que conviene emplear con ellos, sino el duro castigo, para que sean obedientes y se sometan á

nuestra voluntad, para que podamos dominarlos por completo y hacer triunfar los santos principios que venimos á inculcarles nosotros, en tanto que los soldados cumplen la mision política que los reyes les han confiado al enviarlos aquí.

Los demas eclesiásticos participaban de la opinion de su jefe, y procuraron inculcarla en el ánimo de los oficiales y soldados que iban á bordo de los buques.

Su opinion halló ardientes sostenedores.

Solo los que habian estado ántes con Colon aseguraban á los que dudaban de la lealtad de Guacanajari, que estaban completamente equivocados.

Sin embargo, los que más admiraban la pericia, el valor y las grandes cualidades de Colon, estuvieron á punto de dudar de él y de atribuir á debilidad de carácter lo que no era en su ánimo más que el deseo de obtener con la maña y el tacto lo que difícilmente podia conseguir por la fuerza, porque quinientos hombres no bastan para poder arrebatar la independencia de una nacion entera.

Los capitanes más distinguidos por Colon, el mismo Alonso de Ojeda, que por su valor y su franqueza de carácter se habia captado las simpatías del almirante, se acercaron á él, le manifestaron sus temores y sus deseos, pero sin conseguir alterar en lo más mínimo la inquebrantable resolucion que habia tomado el ilustre marino.

Viendo lo inútil de sus esfuerzos y haciendo áquello caso de conciencia, el padre Boil, con la mayor solemnidad, seguido de los eclesiásticos y acompañado de algunos capitanes, pidió una entrevista á Colon, y con el asentimiento de todos le expuso sus temores, y aprovechando aquella ocasion para desahogar un tanto su amor propio herido:

—Permitidme, añadió, en gracia del carácter que revisto, que me atreva á daros algunos consejos. Nadie mejor que yo

comprende hasta qué punto es necesario ser generoso con los débiles. Pero cuando los débiles, para adquirir la fuerza que no tienen, recurren á la astucia y emplean malos medios, es necesario no darles pretexto para que califiquen de debilidad la excesiva condescendencia, y como yo no dudo que Guacanajari es un traidor que ha derramado la sangre de nuestros hermanos, que trata de vendernos, que nos odia á muerte, creo que debo aconsejaros que reemplaceis la bondad con la severidad y el castigo.

Sois nuestro jefe, os debemos todos obediencia; pero cualquiera que sea la resolucion que tomeis, si no es la que os aconsejo y la que conmigo os aconsejan todos, al ménos permitidnos que protestemos para no ser responsables de lo que ocurra.

No se ocultó á Colon el verdadero móvil del padre Boil.

Pero comprendió que en presencia de los suyos no debia desprestigiarle.

—Sois un docto varon, le dijo, un prelado á quien respeto y á quien aprecio. Conozco las virtudes que atesora vuestra alma, y grande es el peligro en que creéis que nos hallamos cuando un hombre tan santo como vos me aconseja la ira en vez de aconsejarme la moderacion.

Pero respetando vuestras creencias, atribuyéndolas, como las atribuyo, á los mejores deseos, permitidme que no siga vuestros consejos.

Conozco demasiado á estas gentes.

Son generosos, son afables, son incapaces de cometer traicion alguna: no es con ellos con los que tenemos que luchar; al contrario, necesitamos su apoyo para poder atacar á los otros caciques más formidables, más traidores, más enemigos nuestros, y en todo caso lo que aconsejan los intereses y la política que venimos aquí á sustentar, es debilitarlos entre

sí para aliarnos unas veces con unos, otras con otros, recibir su apoyo, y de este modo conquistar para nuestros reyes estos dominios, que es mi mision, y extender en ellos la religion cristiana, que es la vuestra.

—Oídllo todos, dijo á los que estaban presentes, esta es mi resolucion, y si no quereis que considere vuestra actitud como una desobediencia, es necesario que acateis en todo mis intenciones.

Hoy somos amigos de Guacanajari, amistad le debemos: como amigo quiere que le trateis.

La entereza con que habló Colon y las razones políticas que habia dado, convencieron á los soldados y obligaron á los eclesiásticos á conformarse con la resolucion del almirante.

## CAPITULO XLVI.

### Visita de Guacanajari á la escuadra española.



Las noticias que habia Recibido Guacanajari acerca del gran número de buques que habia llevado Colon aquella vez, le hacia arder en deseos de cumplir cuanto ántes la palabra que habia dado al almirante de ir á visitarle.

Por otra parte, sabia que á bordo de los buques estaban encadenados algunos caribes, y como para ellos los habitantes de las islas que acababa de explorar Colon eran los enemigos más temibles y formidables que podia haber en la tierra, contemplar los prisioneros era un goce que nunca habia disfrutado.

Mejorado de su herida, aunque todavía resintiéndose de ella, fué con su comitiva el dia señalado à visitar la escuadra.

El almirante habia dispuesto que los buques se formaran en línea, así es que ocupaban un gran espacio en el mar, y ofrecian á primera vista un cuadro sorprendente.

Los indios, que se habian asombrado al ver por la primera vez á Colon que llegaba á sus costas con dos carabelas, no podian ménos de contemplar con admiracion aquel crecido número de buques, y aquella multitud de hombres armados que, pudiendo destruirlos con el rayo, se complacian en ser sus amigos y en tratarlos con la mayor bondad.